

pura gracia del cielo. Mas á poco que insistamos en el menosprecio de ciertas disposiciones tácitas del Hacedor, las cuales son explícitas por sus efectos, ya nuestra descendencia frisa con el cretinismo, sin que nazca asegurada contra las escrófulas, los lamparones, la sordera, la mudez y más achaques de que adolece el mísero del hombre. Se ha echado de ver que las familias que no se emparentan con otras, cruzándose entre personas ajenas á los lazos de la sangre, raras veces gozan de ventajas intelectuales y morales, hallándose mas bien expuestas á ciertas enfermedades, incurables por lo que tienen de naturales. Hay árboles bravíos cuyo fruto salvaje no se presta al paladar, ni lo suavizan jamas, si no le obligan á producir en junta de una rama de otro árbol : así los individuos de la especie humana suelen dar frutos silvestres inadecuados para la cultura, si no buscan en otra rama el jugo con el cual deben mezclar el de su corazón. No es raro ver casas donde todo es ineptitud, sin un rayo de luz que caiga sobre la funesta lobreguez de la razón y el alma, las cuales envueltas en la soberbia van rodando sin conocimiento al olvido, pasando por el menosprecio de sus semejantes. Estas casas por la mayor parte suelen ser aristocráticas, de esas para cuyos hijos no hay pareja en toda una ciudad, que obligan á los varones á casarse por ahí á furto, y vuelven histéricas ó locas á las mujeres, ántes que darlas por esposas á hombres que no cuentan entre sus abuelos Arjonas y Benavides de Leon.

Si en el Banquete de Xenofonte propusiera uno este punto á la consideracion de los convidados : obra con-

forme á la razón, la equidad, la piedad el padre que deja consumirse á su hija en las ansias de una soledad contra naturaleza, ántes que entregarla por compañera de la vida á un hombre de bien cuya sangre no es tan pura como la de ella? Ya oigo la respuesta del divino Sócrates : No puede obrar conforme á la razón, puesto que se opone á los fines de la naturaleza ; no á la equidad, puesto que le frustra los derechos inherentes á la especie humana á uno de sus miembros ; no á la piedad, puesto que condena á una hija á los tormentos infernales en que gimen el corazón y los sentidos encadenados. Será justo, cuerdo, piadoso el hombre que gusta de ver á una hija convelerse en las contorsiones de la epilepsia, echar espuma por la boca, rechinarle los dientes, la cabellera revuelta, el vestido en impúdico desorden, primero que verla tranquila y virtuosa en un hogar modesto, adorada y servida por un hombre sin tacha, feliz con las caricias que hace á sus hijos pequeñuelos y las que de ellos recibe? La sabiduría de Dios no sufre contraresto : ella puso la soberbia como el primero de los pecados capitales. ¿ Y qué proporcion guardan la humildad cristiana, la caridad, la piedad de ciertas mujeres realmente buenas, con la ira en que se inflaman cuando un hombre á quien juzgan inferior solicita la mano de una de sus hijas? Mantenerlas y obligarlas á morir en ese doloroso aislamiento en el cual no saborean las tiernas afecciones y los legítimos placeres con que la Providencia ha querido descontar los quebrantos y dolores de la vida, es transgredir las] más santas leyes y hacer pié contra el Todopoderoso. Manifieste esa familia infatuada y orgullosa las ventajas de abrigar en su seno

una ó más jóvenes entregadas á esa horrible brujería del histerismo, padeciendo por su parte y haciendo padecer á todos, y le podrá ser remitido el crimen de la mutilacion humana. ¿Qué es sino una mutilacion el secuestro de un miembro de la especie, matándole en las entrañas del porvenir el fruto que debia ser gloria del Creador y propia alegría? Hace además un maleficio sobre las facultades del corazon y el alma, las cuales permanecen bajo una oscura capa de insensibilidad, si no se las despeja halagando á la naturaleza con aquella variedad honesta de que gusta en sus misteriosas aspiraciones. La union conyugal entre primos hermanos, entre tío y sobrina ó viceversa, es error que redundo contra el perfeccionamiento del linaje humano, fin al cual todos sus miembros han de tender por conveniencia y obligacion. Pero los nobles, en ciertas ciudades no muy populosas, entroncan entre sí, y de ellos salen esos como sátiros cuyos disparos son pura obra de la carne, estando dentro de ellos el alma sepultada en pesado sueño, del cual no se despierta ni un instante. En las grandes ciudades en cuyo circuito las clases son harto numerosas para que las familias todas no sean una misma, pueden cruzarse entre personas de condicion análoga: de esto proviene quizá el que la aristocracia en las naciones europeas compita con la democracia en las producciones del entendimiento, los elevados y fuertes impulsos del corazon, el cultivo, en una palabra, de la sabiduría y las virtudes, las cuales son en realidad la única gloria del género humano.

En las ciudades de la América meridional, de escaso

número de pobladores, la clase aristocrática suele ser de suyo reducida, enlazadas las familias por estrechos vínculos de sangre. No contentas con esto, hacen lo posible por que uno de sus miembros no salga del hogar, y allí le casan con su prima hermana ó con su sobrina; aun muy dichoso el mancebo si su novia no es su tia, no embargante la peluca ni la pechuguera inverterada. Pues cómo, cuándo han de mejorar su condicion moral, si léjos de propender al pulimento y la lisura del alma, la embastecen y achaparran? No es raro ver á algunos *grandes señores* de los de capa y gorra empeñados de continuo en ser los primeros en la gradacion política, y quedarse con la mano extendida hácia el baston del mando, á causa de su incapacidad, sin que afloje empero su ambicion al desengaño repetido. Hay incapacidad intelectual é incapacidad moral: el talento no suele ser bastante para los fines de la ambicion, si no se le impulsa con la fuerza del valor, untada la rueda con ese filtro mágico que se llama liberalidad. A falta de estas prendas, conviene la impetuosidad del huracan y la fuerza del leon en el carácter; si nada de esto concurre en el ambicioso, habrá de ser el hijo de la fortuna, de esos á quienes protege Satanás para mayor gloria de su reino. Los tesoros nada pueden, si no toman su esplendor de la largueza; y aun ésta, si no la lleva de la mano la cordura, no grangea sino ridiculez. Inteligencia necesitamos hasta para los vicios, esos vicios mayores de marca que acreditan la elevacion del ánimo en esos corrompidos que no temen ni mutilar las estatuas de los dioses, sintiéndose, como se sienten, grandes hasta para el crimen. El que es ambicioso como Alcibia-

des, ha de tener su inteligencia, ha de ser valiente como él, hábil y predominante por las dotes físicas y morales. Lépido, rico y tonto, fué la burla de los romanos. El mundo es del genio, como en manos de César; de la habilidad consumada, como en las de Augusto; de la fortuna y el crimen, como en las de Domicio OEnobarbo. La fortuna suele ponerse muchas veces en lugar del mérito, y esta es la negra perversidad del mundo; pero cuando obra la gran virtud de las cosas, en vano lucharía Esau con Jacob en el vientre de su madre.

No queremos decir que á un pobre esguízaro se otorgue al punto la mano de una niña hermosa, cuando tras la belleza y la principalidad el dios Oro, de recio corazón, niega airado su acquiescencia; ni sería justicia rigurosa que socolor de fraternidad fuésemos á deslazarlo todo, trabucando la armonía que debe reinar entre las cosas: la asociacion civil tiene su ritmo al cual no se puede faltar aquí, sin que la disonancia se haga sentir allá: la sociedad humana no es obra de una pieza; son innumerables las que la componen: si las discolocan y revuelven en confuso desórden, todo se viene abajo. Señoronas que van con manto de seda de los de á cinco en pua, no son para la gente de toda broza, y es bien que esperen la de traza; del mismo modo los caballeros principales huirán tanto cuanto de casarse por el barrio de San Antonio, como Pedro Bonaparte. Mas cuando el mérito personal sobresaliente, sabiduría, ingenio, honradez, valor, generosidad realzan á un hombre; honestidad, cordura, diligencia, cultivo, en

fin, de las virtudes femeninas á una mujer, ¿estará puesto en razon se les descomponga la sangre en prolijo análisis, para sacarle los buenos quilates, y echarles la escoria al rostro? Dios de la vida! cuáles son entre nosotros esos Portocarreros de Varon, condes de Medellin; esos Enriquez y Borja, marqueses de Alcañifas y Almansa; esos Ramirez de Arellano, marqueses de Hinojosa, señores de los Camareros; esos Mendozas y Zandobal, duques del Infantado; esos Silva y Manriquez de Lara, marqueses de la Liseda; esos Pachecos y Giron, condes de Puebla; esos Toledos y Fonseca, marqueses de Tarazona; esos Men Rodriguez de Sanabria; esos Espínolas y Aragones; esos Ladrones de Guevara, Saldañas y Moscosos; esos condes de Gelves; esos duques de Sidonia y de Veragua? Dónde están en América los renuevos de esos ilustres señores, gloria en otro tiempo de la madre patria? Los *huaches* de Bogotá, los *cholos* de Quito, los *rotos* de Santiago, los *léperos* de Méjico: los *chagras*, *huasos*, *gauchos*: los *ños*, *ñores* y *dones*; los encamisados y los descamisados, en fin, de toda la América meridional, inclusive la formidable cohorte de zambos, mulatos, cuarterones y quinterones; todos éstos y cada cual de ellos, si entendiesen de genealogía, pudieran probarle al más pintado caballero que sus abuelas fueron hermanas y moraban contiguas, la una en la abacería de tal calle, la otra en el figon del frente. Cholos y rotos vemos en el dia que serán, sin duda, troncos de familias de la primera aristocracia, segun que se hacen traer ropa de Dusautoy y van con guante de Jouvin: el *pessant lourd et trebouchant clair* de Rabelais entraña hoy más nobleza que la sangre de los Me-

rovingios y los Carlovingios. El judío Rothschild es el *baron de Rothschild*, de la nobleza de Francia; y llévele pateta si halla sus progenitores entre los Montmorency ni los Valois: la cuna de sus padres rodó tal vez entre los harapos del barrio de los hebreos de Francfordia; la tumba del hijo se levantará de mármol de Carrara en *el Padre Lachaise* junto á las de los duques y mariscales de Francia. El *pessant lourd et trebouchant clair* es gran elevador de la condicion humana.

La nobleza es prenda sujeta al vaiven de todas las cosas, prenda que puede ser adquirida, y se la puede perder por el mismo caso. Se la adquiere por los grandes hechos, por el valor ajuiciado, ese valor que constituye el heroismo: casi todos los tenientes de Napoleon vinieron á ser la principal nobleza del imperio, y reyes varios de ellos. Se la adquiere por los servicios á la patria, esos servicios que la ilustran y engrandecen: Bismarck es hoy, no solo canciller del Imperio aleman fundado por él, mas aun príncipe y deudo del emperador, por una curiosa ficcion de la corona. Se la adquiere por la inteligencia descollante, por las obras extraordinarias de la sabiduría: los Reyes Católicos dieron carta ejecutoria á Cristóbal Colon; Herschell la obtuvo por su parte de Inglaterra. Se la adquiere por las riquezas bien habidas y bien usadas, esas que granjean á sus poseedores la estima y el cariño de sus semejantes, interviniendo caridad, liberalidad, grandeza de alma: el nombre del banquero Laffitte es uno de los que pronuncian con más respeto y amor sus compatriotas. Si Peabody hubiera nacido en una monarquía, habria sido noble de primera

clase: sus millones invertidos en remediar el hambre de los pobres y en ilustrar al pueblo, le habrian hecho duque. No importa que no lo haya sido; es el príncipe de la caridad y la filantropía en una gran nacion republicana. Se adquiere, finalmente, la nobleza por el favor del soberano. Esta suele ser la ménos envidiable. La nobleza de Napoleon chiquito es nueva casi toda: los que le dieron la mano en su fuga de Ham; los que le acompañaron en sus calaveradas de Estrasburgo y de Bolonia; los que le aconsejaron y le apoyaron *el 2 de diciembre*, todos éstos vinieron á componer la nobleza del segundo imperio, sean quienes se fuesen. Una inglesa de Londres, de esas á quienes no hubiera escrito San Jerónimo, fué luégo *condesa de Beauregard*, y moraba en un castillo junto al parque de Saint-Cloud. A lo ménos estas ejecutorias tenian noble principio: Luis Bonaparte no era ingrato: esa mujer le habia amado, servido y mantenido durante el periodo mas amargo de su destierro; él la hizo condesa cuando se vió emperador. Hizo bien. La gratitud, encarnada en formas puras, es una de las más bellas figuraciones del espíritu.

La nobleza se pierde moral y positivamente: así como los soberanos conceden títulos nobiliarios, y envisten de calidad señorial á una persona, asimismo dan carta desaforada. Una vez anulados los honores y prerogativas, el noble queda plebeyo. Todo el que incurre en caso de ménos valer aplebeya su sangre: el infame no puede ser noble: hay tambien incompatibilidad entre el señorío y la indignidad. Los que dan principio á su enriquecimiento con lucros despreciables, grangerías ruines,

no son, no pueden ser nobles : *el agio*, verbigracia, es una de las formas del robo : el ladrón no es noble. Los que tiran á la ruina de sus semejantes por medio de la murmuración, la difamación, la calumnia, no son, no pueden ser nobles : la nobleza se contonea en el orgullo de buena casta, y éste es gran señor que mira para abajo á las pasiones viles. Los que se venden á la avaricia, y por satisfacerla vuelven la espalda á la moral, no son, no pueden ser nobles : la nobleza anda con gran prosopeya por el ancho campo de la liberalidad ; el desprendimiento es su corona. Los que juran falso, profesan la mala fé, practican el dolo malo, no son, no pueden ser nobles : la nobleza jura por Dios y la honra, y no engaña á uno ni á otro ; habla siempre la verdad, *ca ninguna cosa es mas del caballero* que el ponerla por delante en las palabras y los hechos, y mira con horror toda superchería. Los que se arrastran á los piés de un tirano y le rompen á besos la mano podrida en sangre, no son, no pueden ser nobles : la verdadera nobleza es austera, no contemporiza con los crímenes y la corrupción ; no sufre mordaza en la boca ni cadena en el tobillo. Tan gran cosa es una ilustre sangre, que no apreciarla, es negadez ; enturbiarla con una acción ignominiosa, irreparable desgracia. En estas consideraciones se fundó, sin duda, la más sábia de las sectas de filosofía, cual era la de los estoicos, para sentar este principio : No hay más nobleza que la de las virtudes.

COMENTARIOS

En el año de 1873, tiempo en que fueron escritos casi todos los Siete Tratados, estaba haciendo mucho ruido en América el descubrimiento de una piedra cargada de la inscripción fénico-púnica que prometía dar indicios acerca del origen verdadero de los indios del Nuevo Mundo. Cosa formal habrá parecido el hallazgo, cuando el Instituto Histórico de Rio Janeiro pensó que debía examinar aquel testigo insensible de un secreto de los tiempos y las razas humanas, y encargó á un sabio averiguase las revelaciones silenciosas que se querían oír en la Parahiba. Ningun resultado han tenido las diligencias del señor Uladislao Netto, ni nosotros conocimiento de su interrogatorio á la piedra que, dejando de ser sibila benéfica, se habrá hecho, probablemente, impostora maliciosa. Hombre ha habido con la imaginación necesaria para crear una lengua él solo, inventar una escritura, una ortografía, una sintáxis ; componer una gramática, un diccionario, y echarlos al mundo junto con el descubrimiento de pueblo que no existía bajo el sol. Jorge Psalmanazar y la isla Formosa están acreditando de cuanto son capaces el ingenio y la audacia del hombre. El barón de Humboldt ha visto entre los aborígenes de América y los tártaros semejanzas tales, que se halla en poco de darnos esos bárbaros por abuelos. Las antiguas emigraciones de los pueblos del Asia

del norte no se han perdido por completo en las oscuridades de la historia casi borrada de esos tiempos; y el sabio viajero alude á no sé qué movimientos en globo que se verificaron en épocas remotas, dirigiendo sus oleadas hácia la gran mesa de Méjico, de donde pasarían los asiáticos á la parte de la tierra que hoy llamamos América del sur. Los indios tuvieron su cosmogonía especial: segun ellos la cuna del género humano es el lago de Titicaca, de donde salieron Manco Cápac y Mama Oello, padres de los hombres.

La historia verdadera de la segunda revolucion francesa no se ha hecho todavía: por tras el humo de las Tullerías la vista no alcanza lo que ha sucedido en Belleville ni en los funestos patios de la Roquette. Una viajera, más poética que historiadora, visitó esa terrible prision, y es ella á quien debo la anécdota de Lolive que se adelanta hácia el arzobispo caido de rodillas, y le apaga el revólver en el pecho, al tiempo que el prelado bendice á los sicarios. Procurando descubrir la verdad de las cosas en el teatro mismo de los acontecimientos, he venido á saber que ese cuadro de la viajera americana es tan bien pergeñado como fantástico. Lolive no comparece en la Roquette el espantoso 24 de mayo, ni es Raoul Rigault quien da la orden de fusilar á los rehenes: la dió Ferré, miembro de la Comuna y prefecto de policía: Sicard mandó la ejecucion con el sable de Fortin.

Cuando me he estado paseando en las galerías del Palacio de Justicia, he visto cruzarse á un lado y á otro esos como clérigos que tienen en sus manos los asuntos de la justicia y los negocios de la iniquidad. Esos hom-

bres de ropa talar, bonete cuadrado y patillas bonachonas; son ó no para revolucion cuando llega el caso? Sicard, personaje sombrío que levanta el sable en señal de hacer fuego sobre el grupo de clérigos, era un pacífico abogado que estaba de juez de instruccion en ese año. Comia pescado el viérnes, y no carne; se santiaguaba tres veces al acostarse; dormia siempre en su casa; iba á misa juéves y domingo: su mujer sabe si era buen católico, y si ayunaba en témporas y viglias. Llegó la Comuna; Sicard fué de los primeros. Guárdeme Dios de los que se hacen cruces en la boca si bostezan, ofrecen velas á los santos, llaman « hija » á su mujer, y se descubren cuando pasan por delante de una iglesia. ¿Qué culpa tenían de las obras de los *versalleses* el señor Darboy y los jesuitas que murieron en el patio de la Roquette? Verdad es que los dichos versalleses acababan de entrar Paris á sangre y fuego; que habian fusilado por de pronto seis comunistas en la calle Comartin; que estaban dando caza á los que se retiraban al *Château d'eau*; que el « siniestro anciano » se bebia á torrentes la sangre de los incendiarios; pero el arzobispo y sus pobres clérigos; qué pito tocaban en ese órgano de Móstoles del demonio? Monstruo ciego es la revolucion, revolucion así con el entendimiento perturbado y el corazon enloquecido. Hagamos revoluciones; pero hagámoslas dignas de la libertad y la moral: acaso la civilizacion ni el progreso tienen sed de sangre, y ménos de sangre inocente?

El tio Luis, soldado del peloton que ejecutó á los rehenes, acaba de morir: en su lecho de agonía contó la verdad, y nada más que la verdad, á un célebre perio-

dista de Paris. Lolive queda fuera de combate; Sicard, el abogado sencillo, el cristiano devoto, se pone en lugar de ese fantasma ensangrentado. El tío Luis citó á Fortin de testigo: Fortin es el único que aun vive de los del famoso peloton; Fortin, secretario de Sicard en el Palacio de Justicia, vive honradamente: es escultor; hace labores de madera para muebles, no con el sable que prestó á su patrono, sino con la cristiana herramienta del operario humilde. Fortin no ha desmentido las revelaciones del tío Luis. Todos los demás han muerto mala muerte: Genton, fusilado el 30 de abril de 1872; Francisco, el guardian de la Roquette, fusilado el 25 de julio: fusilado el tercero, fusilado el cuarto, fusilado el quinto, fusilado el sexto, fusilado el séptimo, todos fusilados: ¡y miren si el tío Adolfo habia sabido donde le apretaba el zapato! El *siniestro anciano* se hartó de sangre criminal, porque los buenos tienen sed de justicia. Fortin, deportado á la Nueva Caledonia, volvió con la amnistía.

Y Sicard? Sicard murió en su cama: juicios de Dios.

DE LA BELLEZA

EN EL GÉNERO HUMANO